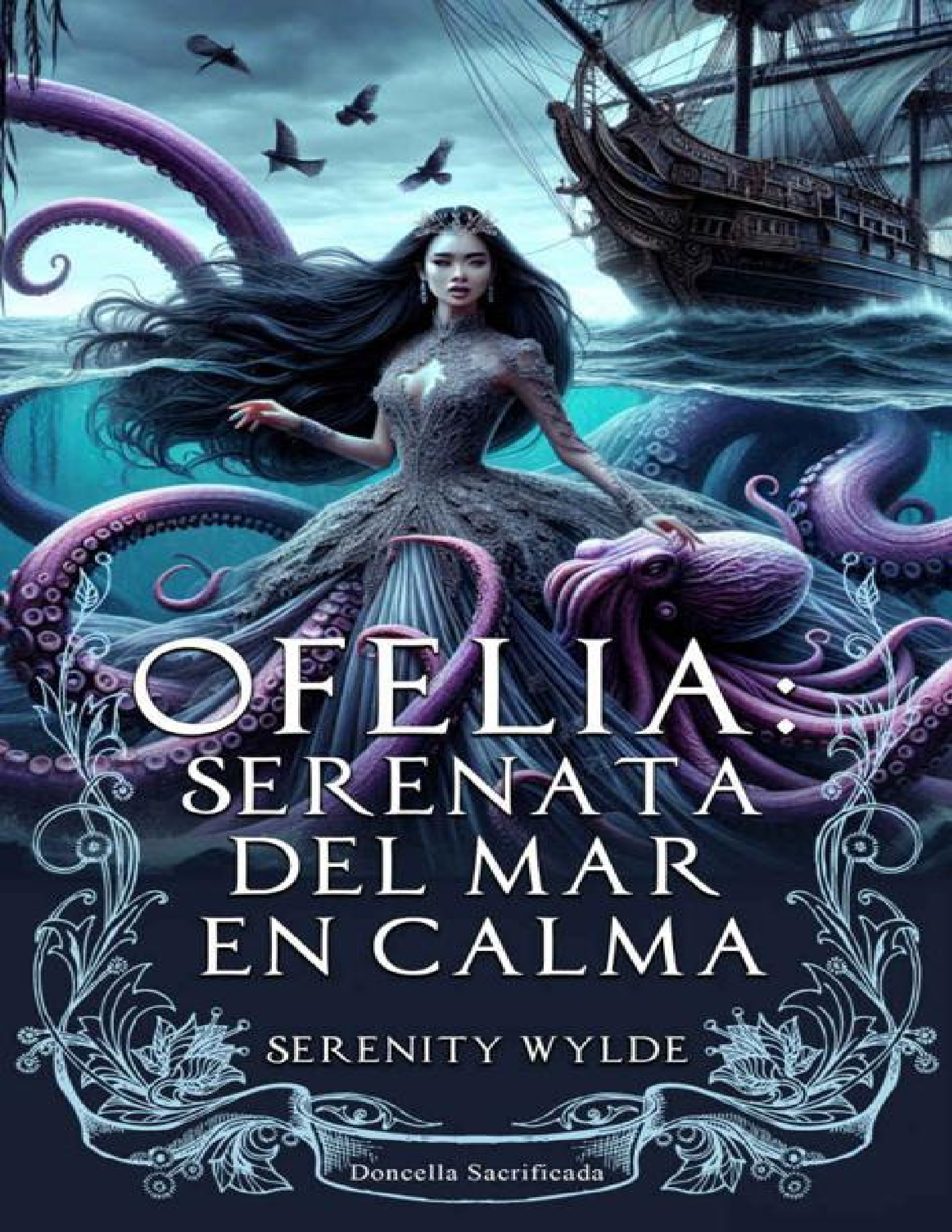




OFELIA: SERENATA DEL MAR EN CALMA

SERENITY WYLDE

Doncella Sacrificada

Ofelia: Serenata del mar en calma

Serenity Wylde

Copyright © 2024 por Serenity Wylde

Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada SÓLO al comprador original de este libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica sin el permiso previo por escrito de Serenity Wylde. Por favor, no participe ni fomente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de los derechos del autor. Compra sólo ediciones autorizadas.

Publicado en los Estados Unidos de América

Este libro es una obra de ficción. Aunque se haga referencia a acontecimientos históricos reales o a lugares existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Contents

1. Capítulo
2. Capítulo
3. Capítulo
4. Capítulo
5. Capítulo
6. Capítulo
7. Capítulo

1



Capítulo

SYNGOR

EN LO MÁS RECÓNDITO del Océano Pacífico, donde el sol adorna la Isla de Elíseo trescientos sesenta y cinco días al año, los ciudadanos de Elíseo vivían una vida bendita. Los pájaros tropicales volaban en los cielos azules, cantando para deleite de sus corazones. La tierra proporcionaba succulentos frutos, y el océano estaba maduro con diversos peces y algas.

Sólo un depredador vivía en las prístinas aguas aguamarinas que rodeaban la isla.

Syngor, el pulpo monstruoso, habitaba en una cueva no muy lejos de la costa, acechando en las sombras de los arrecifes de coral. Hoy se deslizaba por el fondo del océano, vigilando a las jóvenes doncellas que recogían langostas de sus trampas en el agua. La saliva se le acumulaba en la boca cuando imaginaba que envolvía con sus tentáculos un cuerpo maduro y apretaba lentamente, escuchando cómo el aliento salía de los pulmones de su víctima.

Durante siglos, se deleitó como quiso, exhibiendo su fuerza superior y diezmando los barcos cuando salían del puerto. Disfrutaba con los gritos de los marineros y el terror reflejado en sus ojos. Codiciaba aún más el sabor de su sangre. Y se habría contentado con atacarlos para siempre.

Pero el Rey de Elíseo era un hombre astuto. Pidió ayuda a Poseidón y, a cambio de dejar en paz a los tritones, el Rey de los Mares maldijo a Syngor para que ansiara la sangre de doncellas inocentes.

Así, una vez por década, el Reino de Elysium sacrificaba una de sus vírgenes a Syngor para que navegara en paz por los mares.

La criatura devoró su primera ofrenda en segundos, incapaz de controlar su voraz apetito por la dulce carne. Era el bocado más sabroso que jamás había conocido. Cada tentáculo ansiaba

apretar la carne de otra suave doncella, apretarla y tirar de ella hasta que las venas reventaran y su jugoso interior chorreara en su boca, con un sabor exótico y excitante.

Durante diez largos años, esperó para satisfacer el deleite de su corazón.

Mañana, el pueblo se reuniría para la Serenata de los Mares Tranquilos, un animado festival en el que le ofrecían una doncella, asegurándola a la roca de la playa. El agua subiría con la marea, sumergiendo su cuerpo centímetro a centímetro, aumentando la expectación de la criatura.

Pero hoy, Syngor elegiría su premio.

La mayoría de las jóvenes se mantenían cerca de la orilla, temerosas de adentrarse demasiado en el océano. Sabían dónde vivía el monstruoso pulpo. Nunca había reclamado a una mujer fuera del ritual, pero eso no significaba que no lo hiciera si le tentaban con sus cuerpos maduros.

"Sois todos unos tontos gansos", gritó una hermosa joven de larga cabellera negra. "Syngor no puede tocaros ni enfrentarse a la ira de Poseidón".

Cierto. Pero, ¿qué me haría? pensó Syngor.

La aguerrida mujer se quitó el vestido y salió corriendo desnuda de la playa, saltando entre las olas. Cuando el agua le llegó a los muslos, se sumergió bajo la superficie. Su delicioso aroma impregnó el agua y brotó en el sifón de Syngor. El deseo carnal corrió por sus venas, extendiéndose por cada uno de sus ocho brazos, palpitando en cada tentáculo. Sus ventosas se contrajeron involuntariamente, estremeciéndose de necesidad.

La pequeña ninfa marina era irresistible.

Syngor agitó los brazos lentamente, recorriendo el arrecife de coral en busca de la embriagadora doncella. Allí, en el lado más alejado, cerca de la entrada de su cueva, donde las langostas gigantes se entretenían.

No podía decidir si era valiente o estúpida.

Pero en cualquier caso, el cuerpo de la mujer era exquisito. Era alta para ser humana, con piernas largas, caderas anchas y tetas del tamaño de un pez globo. Su carne olía más dulce que ninguna otra que hubiera probado en su vida. Era un afrodisíaco, una tentación a la que no podía resistirse.

Mientras su presa sacaba una langosta de debajo del arrecife de coral, se deslizó sigilosamente detrás de ella, tapándole la boca con un tentáculo. Ella jadeó, y el pene de Syngor se puso erecto con el sexy chillido que salió de sus labios. Chorreó esperma en su boca mientras ella se agitaba y pataleaba, tratando desesperadamente de alejarse de él.

Pero estaba completamente atrapada en sus garras de ocho patas.



Capítulo

OFELIA

OFELIA TIRÓ DEL TENTÁCULO que rodeaba su cabeza. Un líquido dulce le bajó por la garganta. El aire le salía a borbotones por la nariz mientras lo engullía, y los pulmones le ardían, pero por más que pataleaba o arañaba, no podía escapar del agarre mortal del monstruo marino. Una extraña sensación de aleteo le cosquilleó la piel detrás de las orejas. El pánico se apoderó de ella mientras observaba un banco de peces que huía de la zona.

Estate quieta, mi pequeña ninfa. No te haré daño. Todavía. Mi semen te permitirá respirar bajo el agua y comunicarte conmigo. ¿Sientes tus branquias detrás de las orejas? Adelante. Háblame mentalmente.

Ofelia se quedó quieta, sorprendida al oír una voz extraña en su cabeza. ¿Cumulación mágica de un monstruo marino? Nunca había oído semejante historia. Pero no pudo contener la respiración por más tiempo y sintió un extraño aleteo detrás de las orejas, así que inspiró.

Esto es increíble, pensó. Su cuerpo se relajó mientras inspiraba y expulsaba el agua por las branquias. Así es como se siente uno con el océano.

Sí. La voz extranjera volvió a aparecer en su cabeza. ¿Cómo te llamas, pequeña ninfa?

La criatura aflojó su agarre, y ella giró sobre sí misma para enfrentarse a él. Su jadeo hizo que las burbujas subieran a la superficie. Unos hilos de excitación recorrieron a su captor y ella los sintió, una sensación de lo más inusual. Sus sentimientos estaban conectados.

El miedo palpitó en su vientre, y sus tentáculos revolotearon a su alrededor. La punta de uno de ellos se endureció, punzando suavemente el vértice de sus muslos. Apretó más las piernas.

Me llamo Ofelia. Tú debes de ser Syngor. Suéltame, demonio. Tendrás a tu inocente doncella mañana, cuando suba la marea.

En lugar de soltarla, el pulpo palpó suavemente cada tentáculo contra su piel fría, sintiendo cada centímetro flexible con sus ventosas. El leve tirón de su piel era deliciosamente perverso. Un brazo rodeó sus pechos, succionó sus pezones tensos y chupó las yemas apretadas. El calor se acumuló en su región inferior, más caliente que el volcán que entraba en erupción todos los veranos en la isla. Gimió de placer, incapaz de resistirse a sus caricias. Era una locura, ser acosada por una criatura de ocho patas que la devoraría cuando terminara de profanar su cuerpo.

¿Qué haces? ¡Para! No quiero esto.

Sus pensamientos eran una agradable mezcla de asco y confusión. Pero su cuerpo contaba otra historia completamente distinta, emitiendo néctar de entre sus muslos. Sorbió sus deliciosos jugos en su manto, gimiendo de éxtasis.

Te estoy saboreando, mi dulce. Niega tus sentimientos todo lo que quieras, pero tu cuerpo dice la verdad. Ríndete a mí. Puedo darte placer como ningún otro. Llenarte todos los agujeros hasta que no puedas soportar ni un centímetro más, atiborrarte con mi grueso pene, sondear dentro de tu caliente coño como ningún otro.

Le manoseó el trasero, separando sus exuberantes mejillas. La punta de su pene erecto tanteó suavemente su agujero fruncido, y ella chilló de sorpresa.

Sí, mi pequeña tortuga marina, ansías que te toque. Llenaré cada orificio con mis tentáculos, estirándote más allá de tu límite. Tomarás cada centímetro de mí dentro de ti, gritarás de placer mientras engendro miles de espermatozoides en ese apretado coño virgen, y cuando acabe de saciarme de tus curvilíneos miembros, chuparé la sangre de tus venas, dejándote como una cáscara seca. ¡Serás mía, Ofelia!

Todo su cuerpo se puso rígido y se empujó contra su manto de gelatina.

¡Jamás, bestia repugnante! ¿He olvidado mencionar que me llamo princesa Ofelia, hija única del rey Elowen? No puedes reclamarme.

Syngor soltó el agarre y rugió, agitando los brazos salvajemente en señal de frustración. Sus ojos brillaban de ira porque sabía, tan bien como ella, que un hijo único del rey estaba exento de ser ofrecido como sacrificio.

No, debo tenerte. ¡Eres mía!

Resopló y empezó a nadar hacia la orilla. *En tus sueños, Syngor.*

Créeme, pequeña ninfa, puedo ser bastante convincente. Tu padre debe hablar hoy conmigo sobre mi elección, y si no cumple mis exigencias, desataré mi ira sobre la Isla del Elíseo. ¡Maldito sea Poseidón!

Ofelia inhaló profundamente y se alejó nadando enérgicamente, insegura de cuánto tiempo le quedarían las branquias una vez se alejara del monstruoso pulpo. Miró de nuevo a la criatura. Era enorme, sus brazos se extendían a su alrededor. Su manto sólo tenía el doble del tamaño de la cabeza de Ofelia, y su cuerpo era de un hermoso tono púrpura grisáceo.

Recordó cómo sus ventosas le habían arrancado gemidos y se sintió avergonzada. Había devorado a innumerables mujeres a lo largo de los siglos.

Debe haber una forma de detenerlo.

Ofelia descubriría cómo.



Capítulo

OFELIA

OFELIA SE SECÓ CON una toalla el cuerpo desnudo y el pelo. Sus dedos rozaron la piel de detrás de las orejas, y sintió pequeñas crestas donde habían crecido branquias. ¿Llevaría cicatrices para siempre? Respirar bajo el agua había sido una experiencia fantástica; encontrarse con el monstruoso pulpo, no tanto. Tembló a pesar del aire templado, sacudiéndose de encima el inquietante encuentro con Syngor.

"¿Te encuentras bien, mi señora?", preguntó su sirvienta, Ingrid, mirando fijamente los pechos desnudos de Ofelia. "¿Te has raspado contra el arrecife de coral?"

Ofelia miró hacia abajo y aspiró. La piel que rodeaba sus pezones estaba rosada de cuando el pulpo la había abordado con sus ventosas. El calor se acumuló en su vientre y se sonrojó.

"Supongo que sí", dijo ella, poco dispuesta a admitir la verdad.

exclamó Ingrid. "¡Bueno, has tenido suerte de no encontrarte con un tiburón!"

Peor que un tiburón, quería gritar Ofelia. Pero no quería asustar a las demás chicas. Su instinto le decía que Syngor no molestaría a nadie más hoy. Quería a una princesa prohibida.

Ingrid echó un vistazo a la arena a mis pies. "¿Dónde está tu red para langostas?"

"Oh, vaya. Qué tonta he sido al olvidarlo en el arrecife de coral. He encontrado una hermosa langosta para la Serenata de los Mares Tranquilos de mañana por la noche. Mi padre estará encantado".

"¿Debo enviar a un criado a recuperarlo, mi señora?"

Mirando a través de la superficie del agua, Ofelia se preguntó si la criatura seguía observándola.

"Sí, un sirviente masculino. Dile que lo encontrará cerca de la entrada de la cueva".

"¿La cueva de Syngor?" Ingrid se estremeció visiblemente.

Ofelia asintió. "No te preocupes. A la bestia no le gustan los hombres".

Pero disfrutaba jugando con las partes más íntimas del cuerpo de una doncella inocente, obligándola a sentir cosas que no deseaba antes de devorarla.

Criatura enferma.

Ingrid le tendió una bata seca, y Ofelia se introdujo en ella antes de deslizar las manos por las sisas. Se volvió de espaldas a la sirvienta.

"Abróchame rápido. Tengo que hablar con mi padre. ¿Sabes dónde está?"

Ingrid se abrochó el último botón y me dio una palmada en el hombro. "Está reunido con el consejo del festival en su cámara de guerra para asegurarse de que todo está listo para el ritual de mañana".

"Gracias".

Los dedos de Ofelia se peinaron entre sus largos mechones mientras caminaba por el sendero arenoso que conducía de vuelta al castillo. La amenaza de Syngor se le quedó grabada en la cabeza, repitiéndose una y otra vez. ¿Podría la bestia convencer de algún modo a su padre para que sacrificara a su única hija? *No, era imposible*. Su padre la adoraba y la mimaba muchísimo, permitiéndole todo lo que su corazón deseaba.

Entró en la sala de guerra quince minutos más tarde, sin siquiera llamar a la puerta: veinte hombres reunidos en torno a la mesa ovalada discutían la música que debía sonar durante el ritual. Su hermanastro, Aric, el único hijo bastardo del rey, estaba al lado de mi padre. A diferencia de Ofelia, Aric tenía el pelo y la piel claros del rey, mientras que Ofelia era la viva imagen de su madre, con el pelo negro y la piel aceitunada.

Aric era el hermano que ella siempre había deseado. Era mayor que ella. Ofelia le quería mucho, pero era una espina clavada en el costado de su madre, la única prueba de que el rey se había acostado con otra mujer. A la reina le estaba bien empleado, pues había prohibido a su marido tocarla durante un mes tras una discusión insignificante. Pero le sirvió de lección, y nunca volvió a empujar al rey fuera de la alcoba.

Por desgracia, la madre de Ofelia se había asegurado de que el rey no reconociera oficialmente a Aric como hijo suyo, allanando el camino para que Ofelia se convirtiera en reina de Elíseo.

Aric alborotó el pelo de Ofelia cuando ésta se detuvo a su lado. "¿Qué haces aquí, diablillo? Creía que estabas a la caza de la mejor langosta".

"Y he encontrado uno", dijo sonriendo. "¡Tendremos que pesarlo juntos, o no me creerás cuando te diga lo grande que es!".

"Cuidado, Ofelia", le advirtió su padre, apartando la vista de los demás para mirarla. "Alardear no queda bien en un miembro de la realeza".

"Sí, papá". Ella miró hacia abajo, ocultando la forma en que las comisuras de sus labios se movían hacia arriba.

"¿Qué quieres, hija?"

Los latidos del corazón de Ofelia repiquetearon al pensar en su verdadera razón para venir. Su historia enfurecería al rey y asombraría a los demás.

"Traigo un mensaje de Syngor", dijo, sosteniendo la mirada de su padre.

Sus ojos se abrieron de golpe mientras la agarraba por los hombros. "¿Cómo? ¿Estás bien?"

Ella asintió, pero no pudo evitar que le temblara el labio inferior cuando el miedo acabó por apoderarse de ella, haciendo que su cuerpo se estremeciera. "Cuando estaba pescando langostas, el pulpo me hizo cautiva. Me dio de comer algo que hizo que me crecieran branquias". Se echó el pelo hacia atrás, mostrando las cicatrices retraídas. "Exige que hables con él inmediatamente sobre el ritual".

Un jadeo colectivo recorrió la sala de guerra cuando todos los ojos se volvieron hacia Ofelia. Se sentía como una artista en el festival. ¿Ahora la veían como un bicho raro?

El asombro del rey se reflejaba en su rostro. "Nunca había oído hablar de algo así. ¿Estás ileso?"

Sus mejillas se sonrojaron al recordar la forma en que la bestia se había aprovechado de su cuerpo, pero no le había hecho daño. "Estoy bien".

"¿Qué quiere? ¿Ha dicho algo?"

"Yo", susurró ella.



Capítulo

OFELIA

EL ROSTRO DEL REY Elowen se puso rojo como la remolacha y rugió: "¡Nunca! Poseidón ha prohibido que la criatura devore a mi único hijo. No te preocupes, cariño, yo me ocuparé de él".

La mirada de Ofelia se desvió hacia Aric, y su corazón se estremeció. ¿Le molestaba que su padre ignorara su existencia, aunque estuviera a su lado? Había más cosas que su padre necesitaba saber sobre la amenaza de Syngor.

"Espera, papá, hay más". Tragó saliva y respiró tranquilamente. "Syngor dijo que si no satisfacías su demanda, desataría su ira sobre nuestro reino, Poseidón al diablo. Está seguro de poder convencerte de que me sacrifiques mañana".

El rey atrajo a la princesa hacia sí y la estrechó contra sí. Le besó la coronilla mientras la apretaba con más fuerza. "Syngor es una bestia astuta, pero nuestros antepasados han sido más astutos que él. Déjanos esto a mí y al consejo. Ve con tu madre y busca consuelo".

"Te quiero, papá", murmuró Ofelia.

Su padre susurró: "Yo también te quiero, cariño".

Aric frotó el brazo de Ofelia antes de que se marchara, diciéndole con su mirada tranquila que todo iría bien. Caminó distraída por el castillo, con los pensamientos perdidos en el dilema del reino.

Una vez en los aposentos de su madre, ordenó a los sirvientes que se marcharan y se dejó caer en el abrazo de su madre, llorando. Lejos de miradas indiscretas, Ofelia pudo por fin derrumbarse y sentir todas las aterradoras emociones de su inquietante encuentro con Syngor. *Se lo contó todo a su madre:* la forma en que la criatura hablaba con ella, cómo la mancillaba y la confusión que sentía al sentir placer con su contacto.

"Oh, mi dulce Ofelia", arrulló su madre. "Eres inocente, de verdad. No te avergüences de las sensaciones que recorrieron tu cuerpo. Así es la naturaleza humana. Syngor es una criatura repugnante y egoísta por robarte cualquier parte de tu inocencia. ¿Te... penetró?".

La reina casi parecía esperanzada.

"No, mamá, mi cabeza de doncella está intacta. Pero creía que Syngor ansiaba la sangre de doncellas inocentes. ¿Por qué me acarició?"

Su madre negó con la cabeza. "No lo sé. Syngor siempre se come a su presa. Aunque dé placer a su presa, nunca se apareará. Después de que un pulpo tenga relaciones sexuales y expulse su semilla, muere lentamente".

Un escalofrío recorrió el brazo de Ofelia. *Había* una forma de matar a la bestia, pero ¿podría convencer a su próxima víctima de que sedujera a la criatura?

"¿Es ésa la única forma de matarlo, mamá? Me estremezco al pensar en las jóvenes de nuestro reino devoradas por Syngor. Todas deben de estar aterrorizadas de a quién elegirá".

Su madre se golpeó la barbilla, pensativa. "Una vez oí un cuento de viejas según el cual Syngor puede ser hechizado para que se enamore con una canción, de ahí que se llame Serenata de los Mares Tranquilos".

Ofelia siempre había pensado que el nombre del festival era extraño, pero esto tenía más sentido. "¿Qué pasa si está encantado?"

"El pulpo se apareará con la doncella, y a ella le crecerán branquias. El amor de ella alimentará el alma de él, y vivirán juntos para siempre. O eso es lo que se cuenta en los cuentos de hadas".

A Ofelia se le escapó una risita, y sus hombros temblaron con la carcajada. "Es la historia más tonta que he oído nunca. ¿Quién querría vivir eternamente como pareja de un pulpo?"

Su madre se encogió de hombros. "¿Quizá una mujer desinteresada que desea liberar a todas las generaciones futuras de una situación horrible?"

Ofelia se sentó más erguida cuando se le ocurrió una idea. "¿Alguien ha intentado alguna vez cantarle una serenata a Syngor?"

"Que yo sepa, no", dijo la reina.

"Perdona, mamá", dijo Ofelia, dirigiéndose a la salida. "Estaré en mis aposentos, escribiendo una serenata. Di a los criados que me dejen en paz hasta mañana".

El plan era una posibilidad remota, pero tenía que intentarlo.



Capítulo

OFELIA

LA SERENATA DE LOS Mares Tranquilos fue un acontecimiento fastuoso. Si una de las queridas ciudadanas debía enfrentarse al monstruoso monstruo marino, la familia real se aseguraría de que sus últimos recuerdos fueran hermosos. El sonido de los tambores y los bongos llegaba hasta los mares, y una hoguera rugiente iluminaba el cielo nocturno. Una gran mesa gemía bajo el peso de la comida. Había langostas, cangrejos, abadejo, salmón, piñas, mangos y otras frutas y verduras que la isla podía ofrecer.

A medida que avanzaba la velada y la gente bebía un vaso tras otro de ponche, el aire adquiría una vibración eléctrica. Las olas golpeaban suavemente la orilla arenosa, presagiando la llegada de la marea, señal de que el ritual pronto comenzaría.

El rey Elowen colmó de atenciones a Ofelia, dándole las mejores carnes y succulentas. Mantenía su copa llena y, al poco tiempo, su cuerpo zumbaba por el alcohol. Sentía la cabeza confusa mientras la música que la envolvía palpitaba en sus venas.

Ofelia sintió una mezcla de excitación y terror. Se había pasado todo el día y la noche escribiendo una serenata para Syngor. La letra estaba escrita en pergamino y guardada en el bolsillo. Aunque se sabía los versos de memoria, la próxima víctima no. Con la luna en lo alto del cielo, casi había llegado la hora de que el rey revelara qué doncella sería atada a la roca y tomada cautiva por la criatura sanguinaria que acechaba en alta mar.

"Espero que tu velada haya sido inolvidable, mi querida hija", dijo su padre, tomando ambas manos entre las suyas. "Te quiero más de lo que hay gotas de agua en el océano".

Se le quebró la voz y una lágrima cayó de sus ojos sobre nuestras manos unidas. Emocionarse en público no era propio de su padre. Pero ése era el año en que Ofelia cumplía dieciocho años, y

Syngor había exigido a la princesa como premio. Probablemente el rey estaba sintiendo por fin el dolor de los padres que le precedieron y se vieron obligados a entregar a sus hijos a la bestia.

"Yo también te quiero, papá". Le abrazó con fuerza.

Su padre le sostuvo la cara, bebiendo cada centímetro de ella antes de levantarse, haciendo una señal para que terminara la música.

"Fieles ciudadanos de Elysium, gracias por vuestro amor y apoyo durante milenios. Esta noche nos reunimos aquí con el corazón encogido, sabiendo que debemos partir con nuestra doncella más querida." Miró hacia abajo y frotó la mejilla de Ofelia con el pulgar.

¿No quería decir una de nuestras doncellas más queridas? Ofelia sonrió, dándose cuenta por primera vez de lo difícil que le resultaba este ritual a su padre, el rey. Estaba muy nervioso.

"Pueblo de Elysium, habéis entregado a muchos de vuestros antepasados para alimentar a la bestia. Vuestros sacrificios han asegurado el bienestar de nuestro pueblo. Hoy tengo dos anuncios especiales. En primer lugar, después de demasiados años, he decidido reconocer a Aric Sand como hijo mío. Ha permanecido fielmente a mi lado y estoy orgulloso de ser su padre".

Ofelia jadeó y se puso en pie de un salto, aplaudiendo con el resto del reino. Miró a su hermano con lágrimas de alegría cayendo por sus mejillas, pero su madre permaneció sentada, llorando a lágrima viva. Una vez que la multitud se calmó, el rey estrechó la mano de su hijo y volvió a enfrentarse a su pueblo.

"En segundo lugar, tras consultar con los miembros de mayor confianza de mi consejo, hemos llegado a un acuerdo con Syngor que pondrá fin *para siempre* a su reinado de terror sobre la Isla de Elysium".

Un grito de asombro resonó entre la multitud, y a Ofelia se le cortó la respiración.

¡Eres mía!

Las palabras de Syngor sonaron en su cabeza, y una sensación de hundimiento caló en sus huesos, como si un barco hiciera demasiada agua. La criatura había dicho que podía ser convincente. La deseaba desesperadamente. Y el rey había nombrado hijo suyo a Aric, abriendo la puerta a otro heredero legal.

"Papá, ¿qué has hecho?" dijo Ofelia, agarrándose a su brazo y encontrando la palanca necesaria para mantenerse en pie sobre piernas temblorosas. La comida que había ingerido hacía sólo una hora le revolvía las tripas.

Ignoró su súplica desesperada y continuó: "Por primera vez en nuestra historia, ofreceremos el tesoro más valioso de nuestro reino a Syngor a cambio de la paz eterna. Nuestro enemigo más temido ha elegido a mi hija, la princesa Ofelia, como premio. Ella es mi corazón y mi alma, la

campeona del pueblo, pura y encantadora en todos los sentidos. Has de saber que esta noche se me parte el corazón, pero nuestra familia está dispuesta a hacer el mayor de los sacrificios para garantizar la felicidad de nuestro linaje."

Las lágrimas caían a raudales mientras Ofelia aceptaba su abrumadora situación. Su padre la amaba, pero amaba más a su reino. Sabía durante todo este día que ataría su cuerpo desnudo a la roca en sacrificio a Syngor, pero no dijo nada.

Se sentía entumecida por todas partes mientras la multitud vitoreaba la noticia de su liberación del mal. Su mirada recorrió los tranquilos mares de la cubierta, buscando al demonio que profanaría su cuerpo. Y cuando hubiera saciado su lujuria, haría de ella una comida.

A lo lejos, vio una grieta en el agua. La cabeza de la criatura se balanceaba arriba y abajo, bañada por la luz de la luna. La esperaba ansiosamente. Le temblaron las rodillas y se agarró a la mesa para apoyarse.

"¡Lo siento mucho!" dijo Aric, abrazándola por detrás. Apoyó la barbilla en su hombro. "Voté en contra de la idea. ¡A la mierda, Ofelia! Me habría degollado para salvarte, pero me quitaron todas las armas y me mantuvieron bajo vigilancia".

Se volvió y le abrazó. "Por favor, no te inquietes. Comprendo por qué debe ser así. Me alegro mucho por ti, hermano. Mereces ser el futuro rey de Elysium. No te guardo rencor".

La presión aumentó contra su cadera y miró hacia abajo, recordando sólo entonces el pergamino doblado que llevaba en el bolsillo. *Serenata de los Mares Tranquilos*. Su corazón repiqueteó como un caballo corriendo por la playa de arena. ¿Quería vivir una eternidad como compañera de la bestia? Syngor le había prometido dejar su reino en paz a cambio de su vida. Pero, ¿se podía confiar en la criatura?

¿Cómo sería Syngor si estuviera enamorado? Sus tentáculos provocaban sensaciones maravillosas en el cuerpo de Ofelia, sensaciones que exploraría con gusto si él no fuera tan feroz y desagradable. Y le encantaba nadar en el océano. Sus dedos tocaron el lugar donde habían estado sus branquias y enderezó los hombros con determinación.

Ofelia había sido bendecida con la voz de un ángel.

"No, ese despiadado monstruo marino no puede quedársela", gritó de pronto la reina, golpeando con saña la espalda del rey con los puños. "¡Has perdido la maldita cabeza! Es nuestra única hija. Mi única hija. No se la ofreceré a esa repugnante criatura".

Una profunda tristeza resonó en el fondo de los ojos del rey cuando miró a Ofelia. Se miraron fijamente durante un minuto antes de que ella asintiera, indicando que estaba dispuesta a ir a la roca.

"Ven a mí, mamá", dijo Ofelia, abriendo los brazos.

La reina se lanzó sobre su hija, y se abrazaron durante un minuto entero sin decir palabra. Su madre se lamentó, pero Ofelia ya había aceptado su situación. Su padre tenía razón. El pueblo había hecho muchos sacrificios durante décadas. Ahora le tocaba a la familia real.

"Mamá, escúchame", susurró Ofelia. "Esto no es el fin. Lo mejor sería que creyeras en el poder de los cuentos de hadas. He escrito una serenata. Syngor será mío y volverás a verme. Te lo prometo. ¿Me crees?"

Ofelia sostuvo el rostro de su madre y sonrió, manteniendo la calma.

"Canta con todo tu corazón", arrulló su madre, cogiéndole la mano.

Caminaron juntas hasta la roca, y su madre la ayudó a desnudarse. Su padre estaba cerca, con cuerdas en la mano, preparado para atarla él mismo.

"No hace falta que me ates a la roca, papá. Voy a él voluntariamente".

Ofelia apoyó el trasero contra la roca y extendió los brazos. La marea subió, salpicando agua contra sus pies. Sintió inmediatamente una conexión con la bestia.

Ven a mí, diablillo.



Capítulo

SYNGOR

LAS PALABRAS DE OFELIA hicieron que un escalofrío de excitación recorriera a Syngor. La sangre se acumuló en uno de sus brazos, hinchando su pene. Su miembro latía y palpitaba con la necesidad de hundirse en el coño caliente de su mujer.

Por fin eres mía, pequeña ninfa. Prometo proporcionarte un inmenso placer antes de comerte.

Su risa ronca llenó el aire fresco de la noche y onduló sobre el agua. ¿Por qué reía en vez de temblar? Quería sentir su miedo mientras destrozaba su frágil cuerpo humano. Y entonces ella cantó con la voz más dulce e inquietante que jamás había oído.

Bajo las olas del océano iluminadas por la luna,

Una princesa canta con el corazón encendido,

Su melodía, una súplica enamorada

Al otro lado de los mares, te llama.

Serenata, oh noche azotada por el viento,

Que mi canción sea el deleite de su corazón,

A través del vasto y estrellado mar,

Trae mi amor rápidamente a casa.

¿Suplica de amor? ¿Estaba enamorada de mí mi pequeña ninfa? Un escalofrío le recorrió los brazos cuando su canto de sirena le atrajo. Su cuerpo se deslizó por el agua hacia la orilla, absorbido por la marea. Luchó contra la fuerza invisible, pero fue en vano. La marea estaba ahora por encima de sus tobillos, acariciando su hermosa piel. Quería acariciarla, abrazarla, apreciarla.

En una ola que baila con la marea,

Su amante nada con valentía y orgullo,

*Sueña con ella, su única y verdadera compañera,
Mientras su dulce serenata disuelve su odio.
Serenata, oh noche azotada por el viento,
Que mi canción sea el deleite de su corazón,
A través del vasto y estrellado mar,
Trae mi amor rápidamente a casa.*

Había soñado con ella desde el momento en que escapó de su abrazo hasta ese instante, sin abandonar nunca sus pensamientos. ¿Era ella su única y verdadera compañera? Conocía los cuentos de hadas, pero no pertenecían a monstruos hoscos de ocho patas. Su odio no tenía límites. Quería devorarla, complacerla como fuera. Ofrecerle todo lo que su corazón deseara en su mundo acuático. Pero, ¿podría cambiar? La distancia entre ellos se estrechó y él se acarició el pene lánguidamente, flotando en el agua, imaginando sus ventosas sobre la piel flexible de ella. La marea subió, cubriéndole las rodillas, acercándole aún más. Tenía que tenerla, poseerla, complacerla.

*Bajo el cielo de lona, oye,
Su voz que destierra todos sus miedos,
La princesa teje una canción de cuna,
Un faro para él bajo el cielo.
La ola puede rugir,
Las tempestades ululan,
Sin embargo, el amor prevalece, no fracasará,
Pues en su canción, una llave mágica,
Desbloquea su corazón dentro del mar.
Serenata, oh noche azotada por el viento,
Que mi canción sea el deleite de su corazón,
A través del vasto y estrellado mar,
Trae mi amor rápidamente a casa.*

Sí, el amor prevalecerá. Syngor sintió la verdad hasta la médula. La princesa Ofelia era su único y verdadero amor, su compañera para toda la eternidad. Nunca lo devoraría como las hembras de su raza, excepto para complacerlo. Oh, no. Su pequeña ninfa había gemido ante sus caricias y estaba ávida de más. Necesitaba que él la cuidara y la defendiera de los otros monstruos del mar que le harían daño. La marea creció alrededor de su cintura. Podía saborear su

líquido meloso y se estremeció, bombeando la polla con más fuerza, preparando su semen para ella.

Como el alba desvela su luz dorada,

Sus almas se unen, sus espíritus se encienden,

Un amor que vence todos los vendavales,

La princesa y su compañero se hicieron a la mar.

Por fin estaba al alcance de su compañera. Las últimas notas de la canción salieron de sus labios y ella le miró descaradamente a través de la superficie del agua. Él sólo la vio a ella. Sólo oyó el suave estruendo de las olas en la orilla. Un largo tentáculo se deslizó por el fondo del océano, recorrió la longitud de su cuerpo y se enroscó alrededor de su boca, alimentándola con su semen. Ella bebió con avidez, engullendo su semilla.

Y entonces, de un tirón, arrastró a su compañero bajo la superficie del agua y nadó hacia su cueva.



Capítulo

OFELIA

EL AGUA SE PRECIPITÓ en la nariz y la boca de Ofelia mientras Syngor la arrastraba bajo el agua, pero el pánico era el sentimiento más lejano que la recorría.

Respirar agua era la sensación más embriagadora.

Se agarró con fuerza al tentáculo que la envolvía suavemente por el estómago mientras miraba hacia arriba, maravillada por cómo la luz de la luna brillaba en la superficie del agua. Un banco de peces pasó nadando, ocultándole la vista durante un segundo. El agua estaba oscura, pero aún podía ver rastros del mundo que la rodeaba.

Hola de nuevo, Syngor.

Hola, Ofelia, mi amor. Mi compañera posee la voz de un ángel. ¿Cantará para mí siempre que lo desee?

Sonrió, asombrada de que el cuento de viejas hubiera resultado cierto. Syngor era agradable.

¿Te ha gustado mi canción? La escribí sólo para ti.

El tentáculo que rodeaba su cintura la apretó suavemente, abrazándola.

Mucho. Aún no puedo creer que hayas elegido una eternidad conmigo. ¿Por qué, mi pequeña ninfa? Soy un monstruo. Tú eres una hermosa doncella.

Ofelia le acarició la pierna, disfrutando del tacto de la textura lujosamente sedosa. Había criaturas peores que un pulpo. Su compañero no tenía la boca llena de dientes afilados. De hecho, tenía ocho razones para amarlo. La risita de Syngor retumbó en su cabeza al leer su mente.

Y te complaceré durante horas. ¿Es eso lo que quieres, mi pervertido amadorcito? La noche es joven, y hay poco más que hacer hasta que salga el sol, cuando pueda darte una vuelta por nuestro trozo de paraíso.

¿Cómo puedes leerme la mente, Syngor?

Porque te has tragado mi semen, guarrilla. Nuestras mentes y almas están conectadas cuando nos apareamos.

¿Con qué frecuencia debes alimentarme con tu semen para que pueda respirar bajo el agua?

Cada hora hasta que reclame tu virginidad y te llene con mi semilla. Entonces, nuestra conexión y tus agallas serán permanentes. Me pertenecerás de verdad.

A Ofelia le dio un vuelco el corazón al pensar en su pene penetrando en su coño.

Te excita sentir mi tacto, princesa.

Sí, llévame a la luz de la luna para que pueda observarte. Pero soy virgen. Tendrás que decirme cómo puedo darte placer.

Cuando llegaron a la boca de su caverna, se dio la vuelta, acunándola en su abrazo. Sus tentáculos exploraron cada centímetro de su piel desnuda, pellizcándola suavemente con sus ventosas. Ella gimió, mirándole fijamente a los ojos negros y brillantes.

Tus ventosas se sienten deliciosas contra mi piel.

Su manto de grasa se estremeció ante sus palabras, y ella le acarició la cabeza mientras él reclamaba cada centímetro de su cuerpo. Nunca imaginó que pudiera sentirse tan viva. La sangre corría por su cuerpo, subiendo a la superficie por todas partes. Él le chupó los pezones, succionando con más fuerza, arrancándole un gemido de los labios. La punta de uno de sus tentáculos le rozó los labios. El pre-cum brotó de la punta, arremolinándose en el agua. Conocía su sabor y no podía esperar más. Sabía mejor que los jugos que goteaban del mango más maduro.

Chúpame el pene, dulzura mía. Quiero correrme en tu boca mientras reclamo tu apretado coñito, llenándote de mi semilla hasta casi reventar antes de llevarte finalmente al orgasmo. ¡Eres mía!

Ofelia lo dejó entrar, chupando la punta endurecida. La textura era dura y suave a la vez. Su monstruoso amante gimió de aprobación, y ella sonrió alrededor de su polla. Él empujó más adentro, entrando y saliendo. Sus gemidos se hicieron más fuertes, y su manto se estremeció con sus escalofríos de placer.

Pero pronto, le costó concentrarse al sentir la punta de otro tentáculo sondear su fruncido agujero.

No, no te tenses, mi amor. Te encantará tenerme enterrado en tu culo mientras me follo tu coño caliente. Déjame entrar. Déjame jugar con tu arañita marrón.

Ofelia sintió el calor de un rubor subir a sus mejillas, pero intentó relajarse. Sus tentáculos le acariciaron todo el cuerpo, aliviando la tensión de sus músculos. Chupó el pene con más fuerza, concentrándose en otra cosa que no fuera su tentáculo deslizándose por su culo. Él tanteó el interior, retorciéndose.

Que Zeus me ayude, pero eso es increíble.

Meneó el culo, buscando más, queriendo sentirlo aún más profundo. ¿Se había vuelto loca? Ansiaba el contacto del monstruo marino. Su compañero. Su amante. Ella eligió esta vida, así que ¿por qué iba a acobardarse ante las experiencias placenteras que él le ofrecía?

Sí, mi guapa y receptiva esposa. Coge ese tentáculo. Hazlo tuyo.

Ofelia le devoró la polla, deslizando la lengua por la superficie, sacándole más semen. Estaba hambrienta de su sabor y no podía saciarse, desesperada por complacerlo tanto como él la complacía a ella.

Las ventosas le apretaban los pezones, sacando y soltando, llevándola al borde de la locura. Otro tentáculo se deslizó entre sus muslos, trepando hasta su núcleo. La punta le hizo cosquillas en el clítoris, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, y ella gimió. Era maravilloso. Impresionante.

Todavía no, cariño.

Su tentáculo se deslizó en su núcleo caliente, empujando suavemente, arremolinándose en su interior. Jadeó y miró a los ojos de la bestia.

Por favor, te necesito, Syngor. Tómame. Hazme tuya.

Se rió entre dientes y agitó su duro pene ante la cara de ella, antes de descender por su vientre y acabar entre sus muslos. Sus otros tentáculos le abrieron más las piernas, empujándola de espaldas contra la pared de la cueva. Los rayos de luz de la luna iluminaban su piel, dándole un resplandor etéreo.

Su mirada siguió la punta del pene mientras él se acercaba, despertando su expectación. El semen goteaba de la punta. Todo aquel sabroso manjar se desperdició y fue a parar al mar.

Mi polla está jodidamente dura para ti, esposa. ¿Estás preparada para que saquee tu tesoro y te haga mía?

Sí, Syngor. Por favor, no me tomes más el pelo.

Su pene se introdujo en su estrecho canal. Las paredes de su coño se dilataron con su grosor y ella gritó, en parte de dolor y en parte de placer.

Tómame, princesa. Hazme tuya. Abraza mi polla. Apriétala. Ordeñala. Toma todas mis semillas como una glotona chupapollas.

Empujó más, más profundamente, destrozando su virginidad. Pero el dolor desapareció antes de que ella pudiera siquiera registrar la sensación, dominada por las deliciosas sensaciones en todo su cuerpo mientras él la chupaba por todas partes, llevándola a nuevas alturas.

Más, dame más.

Su polla entraba y salía a la velocidad del rayo y su respiración se aceleraba. Otro tentáculo cosquilleó el clítoris de Ofelia, jugando con su apretado capullo, mientras otro le bordeaba el ojete. Los estímulos eran demasiado intensos, hasta alcanzar el nivel de una explosión cataclísmica.

Ven a mí, pequeña ninfa. Provócame esos dulces maullidos de placer.

La punta de un tentáculo se deslizó por la cara de Ofelia, y ella lo succionó, enmascarando sus gritos de éxtasis mientras un intenso orgasmo le desgarraba el cuerpo. La polla de Syngor se hizo aún más prominente y más exigente, martilleándole el coño. Rugió, y un torrente de su semilla se derramó dentro de ella, llenándola hasta la médula.

Cuando sus respiraciones se calmaron, él sacó el pene, pero mantuvo el tentáculo contra la abertura del coño de ella. Los cabellos negros de Ofelia flotaban a su alrededor en el agua como tentáculos, y ella sonrió.

Sujeta mi semilla, princesa. Dame bebés con tu hermoso rostro.

Y tus preciosas piernas.

Me perteneces, princesa Ofelia, reina de mi corazón.

Y tú a mí, Syngor, Rey de los Monstruos Marinos.